

Libros de la  Anacahuita

# Osos en el CIELO



Escrito por Carmen Ávila  
e ilustrado por David Almaguer Hernández



## **OSOS EN EL CIELO**





# OSOS EN EL CIELO

**Carmen Ávila**

**Ilustrado por David Almaguer Hernández**



Libros de la Anacahuita

*Osos en el cielo* / Carmen Ávila ; ilus. de David Almaguer Hernández

1a ed. - Monterrey, Nuevo León, México: Instituto Estatal Electoral y de Participación Ciudadana de Nuevo León, 2025.

88 páginas ; ilus ; 16 x 23 cm (Libros de la Anacahuita).

ISBN: 978-607-9000-15-8

1. Literatura infantil y juvenil – México
2. Migración – Literatura infantil
3. Discriminación - Literatura infantil

LCC: PZ73 .A85 2025

Dewey: 863.7

**INSTITUTO ESTATAL ELECTORAL  
Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA  
DE NUEVO LEÓN**

Consejera Presidenta

**Dra. Beatriz Adriana Camacho Carrasco**

Consejeras y Consejeros Electorales

**Mtro. Carlos Alberto Piña Loredo**

**Mtra. Martha Magdalena Martínez Garza**

**Lic. María Guadalupe Téllez Pérez**

**Lic. Alejandra Esquivel Quintero**

**Mtro. Michael Alberto Banda Espinosa**

**Mtro. Diego Aarón Gómez Herrera**

Secretario Ejecutivo

**Mtro. Martín González Muñoz**

**OSOS EN EL CIELO**

D.R. © Instituto Estatal Electoral  
y de Participación Ciudadana de Nuevo León  
5 de Mayo 975, oriente, Col. Centro,  
C. P. 64000, Monterrey, Nuevo León, México  
81 1233 1515

D.R. © Autora: Carmen Ávila

D.R. © Ilustrador: David Almaguer Hernández

ISBN: 978-607-9000-15-8

ISBN versión electrónica: 978-607-9000-16-5

Editado e impreso en México, 2025

Ejemplar de distribución gratuita,  
prohibida su venta.

## PoderOSO

**M**e llamo Osiel Osorio y soy peruano. Casi nadie lo sabe, pero en el Perú hay osos. Recorrí medio continente para llegar a Norteamérica. Pasé un sinfín de aventuras en las que casi muero, pero debo empezar contándoles que nació en los Andes, las montañas más altas del continente americano. Ahí hay mucha nieve, incluso cuando es verano y hace calor.

A principios de la primavera, después de haber dormido durante todo el invierno, mi familia y yo salíamos de nuestra madriguera a buscar comida. Teníamos que escalar la montaña para trasladarnos de un lugar a otro. La nieve se empezaba a derretir durante el día con los rayos del sol, pero en la noche volvía a bajar la temperatura y el agua se convertía en hielo. No bastaba con agarrarnos muy fuerte de donde podíamos con nuestras patas y uñas. Nos caíamos y resbalábamos. Era divertido, aunque los golpes dolían.

Cuando era un oseño prefería que mi familia y yo nos quedáramos en los lugares donde la hierba era verde y fresca por el rocío de la mañana, con margaritas silvestres, abundantes

abejas y mosquitos. Durante el verano, era agradable subirse a una roca y tomar un poco de sol. Cuando hacía eso, me sentía más alto que cualquier cumbre. Creía ser el más poderOSO del mundo: «Ninguna montaña va a detenerme», pensaba.

Después de que mi madre muriera, mi papá caminaba por los prados conmigo y mi hermana. Nos dejaba atrás porque él avanzaba más rápido que nosotros. Me enojaba y me dejaba caer de un sentón en la tierra. Me ponía a llorar y le decía:

—Ya me cansé, ya no puedo caminar más. ¡Llévame cargado sobre tu lomo!

Entonces papá regresaba. Con su hocico me subía a su lomo. Mi hermana decía que no era justo y también la subía a ella. Los dos viajábamos arriba de mi padre, meneándonos de un lado a otro mientras él daba grandes pasos. Nos agarrábamos bien a su pelaje para no caernos.

A veces mi hermana y yo jugábamos a correr para ver quién era más veloz. Yo siempre llegaba primero... hasta que mi padre aparecía y nos ganaba. Era rápido. Levantaba una nube de polvo a nuestro alrededor, no veíamos nada y nos quedábamos tosiendo. No podíamos competir contra papá. Él reía y nosotros nos quedábamos con la cara llena de tierra, riendo. Después, nos daba un fuerte abrazo de oso y nos limpiaba nuestros cachetes sucios con su lengua. Era el mejor padre de todos. Como no teníamos mamá, él nos cuidaba muy bien y nos daba todo su cariño.

A mi hermana y a mí nos gustaba mirar las montañas desde los valles. Parecían gigantes de roca congelados. También imaginábamos que eran fantasmas cubiertos con sábanas blancas, pero, en lugar de dar miedo, se habían quedado inmóviles porque alguien más los había asustado. Tal vez yo, con mis gruñidos. Gritaba muy fuerte:



—¡Por más grande que seas, tú no me asustas, ni aunque parezcas una montaña fantasma o un gigante de piedra que me quiere atrapar, te escalaré y llegaré más alto que tú y tocaré el cielo!

Mi rugido se escuchaba por todo el valle y hacía eco:

—Tocaré el cielo,

el cielo,

cielo,

lo —hasta que de nuevo volvía el silencio. La montaña temblaba de miedo por lo que le acababa de gritar. Veía de lejos algunos pedazos de nieve que se desmoronaban y caían.

Mi hermana se carcajeaba. Se tiraba en la tierra de espaldas y movía sus patitas. Mi padre nos pedía que guardáramos silencio, pues despertábamos a la montaña, la cual tenía millones de millones de años dormida.

—A las montañas, igual que a los osos, no nos gusta que nos despierten, podemos enojarnos mucho y ser muy feroces —nos decía.

Cuando el sol se reflejaba a distintas horas del día sobre las cumbres, la nieve se veía de diferentes colores. A mi hermana y a mí nos gustaba jugar con la posibilidad de que las montañas fueran helados de muchos sabores. Por ejemplo, cuando el sol salía la nieve se veía dorada. Nos imaginábamos un gran helado, en forma de chopo, con sabor a vainilla; pero, sin duda, nuestro momento favorito era al caer la tarde, porque la luz cambiaba muy rápido a distintos tonos. Primero, el sol se veía anaranjado. Nos imaginábamos un helado de naranja. Sacábamos la lengua y empezábamos a lamer el aire. Nos reíamos. Luego, la luz cambiaba a roja y después a violeta. Yo saboreaba

un helado de fresa y mi hermana uno de uva. En la noche que la luna y las estrellas iluminaban la nieve, la hacían ver plateada y brillante.

—¡Guácala!, comer un helado que sepa igual que las monedas... —me decía mi hermana.

Mi padre nos recordaba:

—¡Es la hora de dormir!

Me sentía feliz y afortunado de poder vivir en ese lugar donde el aire era tan transparente que todo parecía un sueño al lado de mi hermana y mi padre, que también eran felices.

Una parte de la nieve y el hielo de los Andes se derrite durante la primavera. Forma arroyos que bajan de las cordilleras. Estos flujos de agua después se convierten en uno de los ríos más grandes y caudalosos del mundo: el Amazonas. El río dio origen a la selva que también lleva ese nombre. Le contaba a mi hermana mis deseos de vivir en la selva, andar entre los árboles colgado de lianas, bañarme en el río y pelear contra una anaconda, montar cocodrilos como si fueran tablas de surf o escaparme de ser mordido por las pirañas. Mi hermana me contestaba:

—¡Los osos no podemos vivir en lugares tan calientes y húmedos!

Era cierto, teníamos un lindo abrigo de piel y nos daba mucho calor en los días de verano cuando el sol quemaba. Preferíamos descansar a la sombra de las madrigueras y bajo los árboles. De tanto sudar, adelgazábamos. Para que no nos desmayáramos del calor o nos deshidratáramos, mi padre siempre buscaba lugares donde hubiera agua y pudiéramos beber y meternos a nadar.

A los osos de piel oscura o parda, no nos gusta cuando hace

mucho frío. Al no haber tanta comida disponible preferimos hibernar. Así que cuando llegaba el invierno dormíamos escondidos en nuestras madrigueras durante algunos meses. Mi papá nos explicaba que nuestros primos que viven en el Polo Norte, los osos blancos, son los únicos que soportan temperaturas muy bajas, ¡hasta se meten a nadar entre las aguas congeladas para atrapar focas y peces! Agarran las banquisas de lanchas y los icebergs son sus montañas preferidas, pero nunca las escalan, las deben de agarrar de resbaladeros para divertirse.

## Constelaciones

Los humanos y los animales compartimos el gusto por viajar y por cambiar de lugar donde vivir. Ellos lo aprendieron de nosotros, pues los animales somos inteligentes y siempre buscamos las plantas más verdes y jugosas. Los humanos nos perseguían. Querían cazarnos para comernos o querían nuestras pieles para vestirse cuando hacía frío y construir con ellas tiendas de campaña para vivir ahí durante el verano. Se resguardaban en sus cuevas durante el invierno, como nosotros. Los humanos no están tan peludos, por eso tienen más frío:

—Si un humano fuera peludo, sería un gorila —afirmaba mi hermana riendo.

Hace miles de años, los humanos que vivían en la costa del Perú querían viajar a la selva. Allá había otras personas con las que intercambiaban cosas, como maderas o pieles de animales, por pescado seco de mar. Sin embargo, tenían una gran barrera que atravesar: las montañas donde vivimos los osos. Cuando los humanos subían, se daban cuenta de que tenían dificultad para respirar, pues no hay mucho oxígeno: a mayor

altura, este disminuye. La cordillera de los Andes son la escalera al cielo, casi lo tocan. Es como cuando estiras la mano para alcanzar el techo, pero tu nariz y tu cara se quedan más abajo. Es un ejemplo un poco tonto, pues nadie respira por los dedos, pero en lugares tan elevados, con miles de metros sobre el nivel del mar, los humanos sienten que se ahogan si hacen el esfuerzo de correr o caminar mucho.

Nosotros los osos les mostramos a las personas cómo sobrevivir en los lugares elevados. Debían masticar las hojas de una planta que nosotros comíamos. Ellos le pusieron el nombre de *kukka* o *koka*, que en su idioma significaba «la planta». Les quitaba el dolor de cabeza y el mareo.

Los humanos son raros y, hasta cierto punto, tontos. Las cosas buenas las convierten en malas, y las cosas malas en peores. Las cosas que empeoran casi nunca las pueden arreglar. A veces hacen experimentos para alterar la naturaleza. Algunas veces les resulta algo bueno, pues curan enfermedades; en otras surgen catástrofes.

Los humanos extrajeron las sustancias naturales de esas hojas llamadas *koka*. En laboratorios crearon una sustancia que producía alteraciones en el cuerpo y la mente del que la probaba. Peor todavía: las personas comenzaban a sentir que no podían vivir sin dejar de consumirla, les generaba una adicción. Esto era peligroso, pues había quienes podían morir de tanto consumirla.

A los humanos no les importó. Descubrieron que podían vender esa sustancia y obtener mucho dinero. Ahora son capaces de hacer una guerra por comercializarla.

¿Que cómo sé eso? Un oso sabe todo. Aunque vivamos en los lejanos bosques de las altas montañas, siempre estamos

enterados de lo que pasa abajo, en el mundo. Sé leer. He leído noticias en periódicos y revistas. Los encuentro tirados en las calles de los pueblos cercanos cuando bajo a buscar comida. También en la basura que dejan los turistas. Me gusta mucho leer. He leído libros que las personas dejan olvidados en las cabañas que rentan. Adoro las novelas policiacas y las de misterio. Las de terror me dan miedo y las evito, luego en la noche cuando estoy solo en el bosque no quiero pasar sustos. Cuando las cabañas se quedan solas, me doy la gran vida. Me acuesto en la cama y me pongo a leer.

Mi padre me enseñó a leer, él aprendió de su abuela y mi abuela de su madre y así; pero cuando mi padre nos enseñó a leer a mi hermana y a mí nos advirtió:

—Cuiden siempre que los humanos no se den cuenta de que ustedes leen, pues entonces los atraparán y se los llevarán a alguna universidad en el extranjero para estudiarlos y les podrían hacer mucho daño.

Los humanos son tan tontos que nos llevarían a una universidad, pero no para que nosotros cursáramos una carrera ahí y nos graduáramos con honores o que nosotros les dictáramos una cátedra sobre la naturaleza y la vida de los osos, sino para exponernos ante un montón de estudiantes. Nos abrirían la cabeza para ver cómo funciona el cerebro de un oso que sabe leer.

El problema de las drogas también nos ha afectado a los osos. Aunque no las consumamos, han destruido nuestros hogares. Talan nuestros bosques para los cultivos ilegales. Ponen laboratorios escondidos donde procesan la planta para hacer droga. A esa gente le llaman *narcotraficantes*. La razón por la que odio esa, y cualquier otra droga, es porque me quitaron lo que más amaba en el mundo.



Junto con mi papá y mi hermana, buscábamos comida en el bosque. Nos topamos con un laboratorio clandestino, pero no lo sabíamos. Había botes de plástico con sustancias que olían horrible. Mi hermanita bebió de las cosas químicas que había. De inmediato se sintió mal y murió horas más tarde.

Ese fue uno de los días más horribles y tristes de mi vida. Nunca lo he podido olvidar. Yo le decía llorando:

—Ven, levántate, vamos a jugar a las carreras, prometo no ganarte, vamos a rugirle a la montaña, gritaré tan fuerte que todo el hielo se caerá y podremos recolectar fresas salvajes o moras y hacer muchos helados de sabores, por favor, levántate.

Mi hermana no reaccionaba. Entre mi papá y yo tratábamos de levantarla con nuestros hocicos, pero estaba desvanecida. Mi papá trataba de cargarla en su lomo, pero no respondía. Se caía. Supe que ya no volvería a jugar con ella a ver quién era el más veloz del mundo.

Mi papá se volvió un oso triste. Había sido un golpe muy duro para él, pues también mi madre había muerto tiempo atrás. Cuando le preguntaba a dónde se había ido mi hermana, mi padre me decía:

—Está al lado de tu madre, algún día en el cielo del norte las verás brillando, aparecerán ambas en forma de dos constelaciones, una se llama la Osa Mayor y la otra se llama la Osa Menor. Ahora están en el cielo de los osos convertidas en estrellas que siempre guiarán tu camino.



## Ukuku

Después de que los humanos se adaptaron a vivir en estas montañas, pudieron construir sus casas y sus centros ceremoniales. Vivíamos todos en paz y felices, osos y humanos. Ellos se llamaban a sí mismos *incas*. A nosotros nos llamaban *ukuku* de cariño. En su idioma, el quechua, significa oso.

Para los incas éramos sagrados, nos respetaban y nos amaban. Nosotros los tratábamos de la misma manera. Hay una regla de civilidad que me enseñó mi padre, la cual dice que siempre debemos de tratar a las personas como nosotros quisiéramos ser tratados; por tanto, debes tratar a los demás bien para que ellos también te traten bien. Sin embargo, hay excepciones. No puedes tratar bien a personas que te maltratan, te dicen cosas feas y te hacen cosas malas. Sin utilizar la violencia, a ellos se les puede vencer con inteligencia. Tampoco es bueno soportar y callar cuando alguien abusa de ti. Si tú no te puedes defender de las agresiones, debes buscar alguien que esté dispuesto a creerte y a defenderte. Siempre hay personas que nos apoyan. Existe la justicia y el castigo para los que ha-

cen mal a los demás, aunque el camino para buscarla sea largo y a veces más doloroso que las propias agresiones.

Osos e incas convivían también con otros animales como los cuyos, los viringos (a quienes los incas les llamaba *allqo*, que significa perro) y por supuesto las llamas, las vicuñas, las alpacas y los guanacos. A estos últimos cuatro animales los incas los apreciaban mucho, pues los esquilaban y con su pelaje fabricaban ropa para abrigarse del frío de las altas montañas.

Las llamas les ayudaban con su trabajo diario de transportar cosas de un lugar a otro. Los incas no conocían las carretas, ni los carros. No utilizaban las ruedas en vehículos de transporte, pero esto no les impidió para construir ciudades enteras en lo alto de las montañas, como Machu Pichu. Con bloques de granito edificaron sus palacios. Cortaban las piedras a la perfección y las ensamblaban una encima de otra, como si fueran legos. Los osos nos paseábamos por Machu Pichu. Todavía lo seguimos haciendo cuando no hay turistas cerca. Podemos ir más lejos, a otros lugares donde los humanos no llegan.

Mi tío Orson Osorno fue un oso arqueólogo. Gracias a él se descubrió Vilcabamba, la última ciudad antigua construida por los incas. La ciudad había quedado perdida entre las montañas y nadie sabía exactamente dónde estaba ubicada. Como mi tío siempre utilizaba el antiguo camino construido por los incas para llegar al bosque, una persona siguió las huellas de mi tío y dio con las ruinas de la ciudad. Por desgracia, quien se llevó el crédito del descubrimiento fue el humano, no mi tío.

Los incas creían que había espíritus ocultos entre las rocas, la tierra, las plantas y los animales. Les llamaban *apus*. Ellos les indicaban donde construir ciudades y caminos, por eso los



lugares que escogían los incas para edificar algo guardaban cierta magia.

Para los incas, el ser humano era parte de la naturaleza. Sin ella las personas dejarían de existir sobre la Tierra, a la que llamaban la Pachamama. A la Tierra la veneraban y la consideraban la madre de todos. Las personas, las plantas, los animales, el agua y el aire éramos sus hijos; por tanto, todos éramos hermanos.

Los incas podían hablar con nosotros. Hasta que pasó algo que hizo que nos calláramos para siempre.

## Hombres cubiertos de fierro

Llegaron unos visitantes. Los incas no sabían si eran dioses o habitantes de otro planeta. Venían vestidos con pantalones y camisas de fierro. Estaban subidos en algo que parecían guanacos muy grandes, de pelaje corto, brillante y colas largas. Los incas después supieron que eran humanos y venían del otro lado del mar. Las vestimentas de fierro se llamaban armaduras. El animal sobre el que estaban montados era un caballo, pero en ese entonces no lo conocían porque no existía en estas tierras. Cuando lo vieron les pareció impresionante. Uno teme lo que desconoce.

Mi abuelo me decía que su bisabuelo le contaba esas historias, las cuales las escuchó de voz de su tatarabuelo y este de su tataratarabuelo y así hasta llegar a los osos que vivieron esas circunstancias y ese momento histórico.

Los visitantes se llamaban conquistadores. Destruyeron y quemaron todo a su paso: Las casas de nuestros amigos los incas, sus templos y sus dioses. Los forzaron a trabajar para ellos en las minas, para que sacaran todo el oro que había dentro

de la tierra. Muchos incas murieron por la esclavitud. Ponían a trabajar a mujeres embarazadas y a niños. Se llevaron todo el oro en sus barcos. Llevaban tanto que a mitad del océano se hundían por el peso o por ataques de los piratas ingleses. Cuando muchos incas empezaron a morir, los conquistadores trajeron a otros humanos de África a quienes esclavizaron y obligaron a trabajar.

Mi abuelo contaba que los osos de esa época eran muy valientes. Quisieron defender a los incas, pero no fue posible. Los conquistadores traían algo que parecía unas gruesas ramas de árboles que escupían fuego y las utilizaban para dispararles a las personas y a los osos. Por primera vez en nuestra existencia, tuvimos miedo de los humanos. Supimos que no todos eran iguales, no todos nos respetaban y nos querían, también había algunos que eran malos.

Los conquistadores estaban acostumbrados a matar osos en los países de donde venían. Decían que asustábamos a los caballos y que nos comíamos a las vacas, los puercos y los borregos. En realidad, los osos de los Andes comemos plantas. Quienes se comían a esos animales eran los propios conquistadores, pero decían que ellos los «criaban» con ese propósito. No les gustaba que los osos nos acercáramos a donde ellos habitaban.

Un oso reacciona de manera agresiva cuando se siente amenazado y con miedo. Es nuestra manera natural de defendernos, pero, aunque seamos grandes y pareciera que siempre estamos gruñendo, también tenemos sentimientos.

Los conquistadores nos persiguieron. No nos quedó más remedio que irnos a vivir a las partes más altas de la montaña, donde sabríamos que no nos encontrarían, donde pudiéramos

sentirnos más seguros. Eso no duró para siempre. Los conquistadores se convirtieron en colonizadores. No venían por poco tiempo como creyeron nuestros amigos los incas. Se adueñaron del lugar. Les dio la enfermedad del metal amarillo. Empezaron a talar nuestros bosques porque querían buscar más oro. No estaban conformes con todo el que ya habían robado a la Pachamama, siempre querían más y más.

Durante muchos años nos cazaron con trampas ocultas entre las hojas caídas de los árboles y la hierba. Las trampas eran de fierro, parecían una boca abierta con picos en forma de colmillos filosos. Tenían una larga cadena la cual estaba clavada a una estaca o amarrada a un árbol. Cuando algún oso las pisaba, se cerraban. Las trampas agarraban nuestras patas como si las mordieran. Nuestras patas se quebraban y sangraban. Ningún animal podía librarse, era imposible. Los osos podíamos morir sin tener agua o qué comer; así como por la infección que provocaba la herida.

La costumbre de poner trampas continuó hasta cuando yo era pequeño. Mi hermana y yo éramos unos bebés que recién habíamos aprendido a caminar. Andábamos por el bosque con mis padres. De pronto, mi madre, al pisar unas hojas secas, sintió que algo le mordió muy fuerte su pata. Gritó de dolor y comenzó a llorar. Mi padre se dio cuenta de que mamá había pisado una trampa. Hizo todo lo posible por quitársela, con sus garras, con su hocico, pero no pudo. Él era un oso enorme, el más fuerte de todos los osos que he conocido, pero la trampa era más fuerte que él.

Mis padres sabían que un cazador vendría pronto a revisar si algún animal había caído. Eso hacían. Las dejaban con alguna carnada, comida que a los osos u otros animales, como

los pumas, nos gustaba. Esa trampa no tenía carnada. Mamá estaba llorando. Le dijo a mi padre que huyéramos del lugar, le hizo prometer que nos cuidaría bien. No quería que la viéramos sufrir. Mis padres sabían que el cazador no iba a tener piedad de ella. Si la veía herida le dispararía, jamás la curaría ni la liberaría. Mi padre quiso quedarse a su lado y defenderla del cazador. Ella le recordó que los cazadores podrían dispararnos a todos. Le rogó que nos fuéramos de ahí para protegernos.

Un oso macho nunca se queda con sus hijos, siempre los abandona. Cada época de apareamiento se consigue una osa y la embarazo. Así es como nos reproducimos. Las mamás osas siempre cargan con sus hijos pequeños y les enseñan a sobrevivir. Sin embargo, cuando mi madre murió, papá se convirtió en una mamá para nosotros. Los demás osos se burlaban de él, algunos lo criticaban. A él nunca le importó. Había hecho la promesa a mi madre de cuidarnos y lo hizo bien, hasta que sucedió el accidente de mi hermana afuera del laboratorio clandestino.

## Ocultarse y desaparecer

Cuando yo era pequeño, ya quedábamos muy pocos osos. No había lugar donde vivir, ni comida. Tenía hambre, pero no era el único. Los descendientes de aquellos incas, a los que ahora les llamaban indígenas, sobrevivían en las montañas, viviendo en chozas, con muy poco alimento. Eran muy pobres y constantemente maltratados y explotados.

Cultivaban quinua y choclo, pero no lo comían. Había gente que se los compraba a muy bajo precio para venderlo en el extranjero. Los campesinos indígenas obtenían muy poco dinero por sus cosechas. Unos cuantos soles. Los que realmente se hacían ricos eran los que comerciaban con sus productos.

A veces mi padre y yo nos acercábamos a las casas de los indígenas, muy despacio, cuidando de no hacer ruido, escondiéndonos para que no nos vieran. Buscábamos comida, olíamos por todas partes. Removíamos los desperdicios que ellos dejaban, pero nada. Ellos tampoco tenían qué comer.

Después todos empezaron a irse, abandonaron sus casas. Algunos se iban a vivir a las grandes ciudades para trabajar,

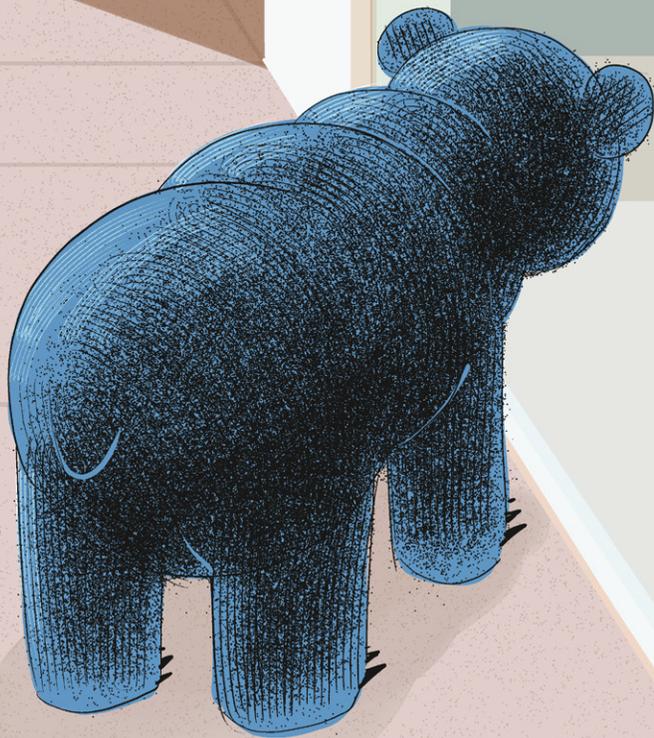
pero otros se fueron porque la situación se puso cada vez peor y no solo por la falta de comida. Nosotros escuchábamos que había guerra. Una guerra pequeña, pues le llamaban la *guerrilla*. Veíamos en el bosque campamentos donde los hombres con armas entrenaban. Camiones cargados de soldados o policías buscaban personas. Venían a atraparlos, porque decían que eran culpables de haber puesto bombas en la capital. Los osos no sabíamos quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos, estábamos confundidos porque a muchas personas se los llevaban y sus familiares nunca más los volvían a ver. Desaparecían.

Mi padre y yo nos ocultábamos en los bosques y veíamos lo que los militares hacían con las personas que capturaban. Los golpeaban mucho para que les dieran una respuesta. A mí me daba mucho miedo.

Nadie confiaba en sus vecinos y amigos. Muchos se iban porque no querían estar en un lugar así, rodeado por sufrimiento y lágrimas. También quería irme. Estaba seguro de que en algún lugar, lejos, habría una vida mejor. Y no es que no amara mi entorno; adoraba los Andes, pero no me gustaba lo que sucedía a mi alrededor. Era un simple oso que no podía hacer nada para cambiar las circunstancias.

Le pregunté a mi padre si creía que en otro lugar del mundo se podía ser feliz y estar tranquilo. Mi padre me contestó que sin duda había lugares peores que este, donde la gente, las plantas y los animales sufrían más que nosotros, pero que incluso, ante tanto sufrimiento, había quienes sonreían y veían la vida de una manera hermosa. También había lugares en donde las plantas, animales y personas vivían mejor, tenían todo y nunca se preocupaban por nada, aunque había quienes

lo tenían todo y eran muy infelices. Lo más importante estaba siempre en nuestro interior. Nuestro corazón y nuestra mente era nuestro único refugio, en el que nadie podía entrar si nosotros no lo dejábamos. Ahí siempre nos sentiríamos protegidos, porque de ahí surgía la felicidad y la tranquilidad. Mi padre me recordaba que cuando me sintiera solo, desesperado o triste, siempre mirara dentro de mí y pensara siempre todos y cada uno de los momentos donde la vida había sido hermosa y grandiosa conmigo.



## La idea de migrar

Un día, solo, vagué por el bosque hasta que encontré una casa. No se parecía a la de los campesinos indígenas, ni tampoco a las cabañas donde se hospedaban los turistas. Era una casa muy grande. Trepé por un árbol que estaba al lado de la barda que rodeaba el jardín. Crucé hacia el otro lado, bajándome, sostenido de una rama. Casi se quebró, pero pude entrar a la propiedad.

La casa tenía un jardín muy grande. El pasto estaba recortado y había unos rosales. Traté de guiarme con mi nariz a ver si encontraba un poco de comida. No había nada. Entonces le di vuelta a la casa para explorar. No se veían humanos cerca.

Había unos grandes ventanales, por entre los cuales se miraba al interior una sala y algunos otros muebles. Una televisión con una pantalla enorme estaba encendida a todo volumen. Alguien en la televisión decía que en Estados Unidos los osos se bañaban en las albercas de las mansiones de los millonarios que vivían en California. El reportaje continuaba explicando que los osos entraban a sus casas y abrían los

refrigeradores repletos de comida. Buscaban en las alacenas y se llevaban la ensalada o el pollo rostizado. Nadie los perseguía. Además, algunas estrellas de Hollywood los querían adoptar como miembros de la familia. Otros ponían a disposición sus ranchos enteros para hacerlos santuarios donde los osos pudieran vivir libres.

Después de escuchar eso me quedé con la boca abierta. Hasta el hambre se me quitó. ¡De manera que sí existía! ¡Existía un lugar donde los osos tenían todo! Quería vivir ahí.

Escalé la barda para salir de la casa. Quería ir pronto a contarle mis planes a quien sabía que me iba a apoyar en esta nueva idea de viajar a ese lugar de ensueño. Quería ir corriendo a decirle a mi padre lo que había visto y escuchado por la televisión.

## Guíate por las estrellas

Fui corriendo hasta la cueva donde vivía mi padre. Él era un oso viejo, encorvado, había adelgazado y salía poco. Prefería descansar. Pasaba su tiempo haciendo jardinería alrededor de su cueva. Le gustaba sembrar flores. A veces yo pasaba algunos días con él cuando iba a visitarlo.

—¡Quiero migrar al norte! —le dije con la respiración entrecortada.

En vez de sorprenderse por la visita inesperada, mi padre me miró extrañado:

—¿Al norte? Los osos siempre emigramos al sur, porque el clima está mejor y hay más comida.

Entonces continué con la argumentación que ya tenía preparada:

—Hay un país llamado Estados Unidos, papá, lo vi por la televisión, es el mejor país en el que los osos pueden vivir. Es perfecto, adoran a los osos como cuando a nosotros los incas nos amaban y nos respetaban, en ese país siempre hay comida y lagos de agua muy azul donde puedo bañarme y beber.

Mi padre me dijo que no debía creer todo lo que pasaban en la televisión, muchas cosas eran mentiras y engaños. Puso cara seria:

—Cuando eras un osezno, tenías las patas flacas, no querías caminar porque te cansabas y pedías que te subiera a mi lomo. Ahora eres un oso joven, con mucha energía y ganas de recorrer el mundo, para ti, la tierra es pequeña y está a tus pies.

Empezó a reírse porque en realidad quiso decir que «el mundo estaba a mis patas».

Él suspiró y dijo que le preocupaba un poco quedarse solo, pero que para mí era una gran aventura y que esas grandes empresas siempre conllevan grandes responsabilidades. Me dijo que los viajes ayudan a las personas, las cambian para bien, que uno ya no es el mismo después de viajar. Conoces cosas que de otra manera no sabías que existían quedándote siempre en el mismo lugar y haciendo las mismas cosas. Me recordó que la vida no era estancarse, porque hasta el agua que se estanca también está moviéndose, está cambiando: se vuelve verde, surgen líquenes y los mosquitos ponen ahí sus huevecillos y nacen sus crías.

—Uno no elige dónde nacer, pero sí dónde vivir —me dijo.

Me explicó que la vida de los osos era migrar:

—Los árboles son los únicos que tienen raíces, los osos tenemos patas y sirven para caminar y recorrer el mundo.

Mi padre me dijo que las madres osas nos cuidaban en su vientre. Luego cuando somos bebés nos enseñaban todo lo que había que aprender para sobrevivir por nuestra cuenta. Él sabía que en algún momento llegaría la separación definitiva entre nosotros dos, que eso significaba la etapa de la edad adulta: la independencia y la subsistencia por medios propios.

Después hay quienes buscan una pareja para tener hijos, y otros deciden estar solos. Me recordó que mi vida era atípica, pues yo no había tenido una mamá que me cuidara y ahora deseaba migrar muy lejos. Él respetaba mi elección, aunque le dolía mucho separarse de mí, porque en el fondo, para él todavía era el osito pequeño y huérfano que cuidó durante mucho tiempo:

—No conoces qué hay más allá de las cordilleras y aun así quieres correr el riesgo de ir, porque tienes la esperanza de que tu vida será mejor. Dicen que la fe mueve montañas y tú ya moviste toda la cordillera de los Antes con tus sueños —me dijo.

Le contesté que los dos podíamos migrar, pero dijo que no, que él estaba muy viejo para dejar el bosque y emprender un largo viaje. No podía moverse de un lugar a otro, ni siquiera para, algún día, irme a visitar, pues ya no podía caminar tantos kilómetros como antes.

Esperaba que siempre lo recordara, porque él me extrañaría, pero sería feliz sabiendo que yo lo era. Si mi decisión era irme, ahí en la montaña iba a tener siempre a mi familia que me amaba, pues no solo estaba mi padre, también estaban los árboles, los pájaros y la tierra, que eran mis hermanos.

—Sé feliz, no mires atrás. Tienes un objetivo y una meta muy grande que cumplir. Voltea de vez en cuando al cielo y guíate por las estrellas. Donde veas una Osa Mayor y su Osa Menor, ahí están tu madre y tu hermana y ahí está el norte, esas constelaciones solo se ven desde ese lado del hemisferio; entonces sabrás que has llegado a tu destino. Aunque yo no esté contigo, mira esas constelaciones cuando te sientas agobiado y triste. Quiero que sepas que tu madre siempre está pensando en ti y rogándole a la Pachamama que te proteja. Tu



hermana siempre está jugando carreras desde el cielo contigo. Camina, corre, nunca te detengas y llegarás algún día a ese lugar donde los osos viven felices.



## Inicia el viaje

**E**mprendí mi viaje hacia el norte sin brújula, porque nosotros los osos nos guiamos por el instinto, el olfato, el clima y otros factores. Me guiaría por las estrellas, como me dijo mi padre. Sin embargo, no lograba ver las constelaciones de las Osas, porque desde el hemisferio sur no son visibles. Confiaba en que en algún momento las vería, eso me motivaba a avanzar.

Recorrí algunas de las montañas de la cordillera de los Andes durante algunos meses desde el final de la primavera hasta el otoño. Empecé mi viaje cuando las flores ya se habían convertido en los primeros frutos y todo era verde. Después comenzó el calor. Luego con el otoño las plantas empezaron a secarse. El follaje de los árboles cambió a distintos tonos de amarillo, naranja, rojo y marrón.

Algunos días, el viento soplaba tan fuerte que no se podía avanzar; otros, el sol era tan brillante que casi no podía ver. Aunque prefería caminar por las cumbres de las montañas —porque así tenía una vista más amplia de hacia dónde podía dirigirme— era peligroso, pues podía caerme a los voladeros.

Al escalar para llegar a la cima, la tierra estaba podrida y se desprendía fácilmente, me sujetaba a ella con mis garras. Varias veces me caí por los barrancos y rodé varios metros cuesta abajo. Me levantaba lleno de tierra, embarrado de lodo, con espinas encajadas y con el cuerpo adolorido. Me sacudía y lamía las heridas para ver si con eso se me quitaba el dolor. Tenía que seguir. Caminaba cojeando, utilizando solo tres patas. Una doblada, pues no soportaba apoyarla en la tierra para caminar.

Deseaba mucho que mi padre estuviera conmigo. Él podría indicarme el mejor camino para transitar. Además, siempre tenía una buena conversación y muchas anécdotas divertidas. Viajar solo no es divertido, pero en algún punto de nuestra vida tenemos que hacer cosas solos, dejando a un lado nuestros temores.

Otras veces bajaba corriendo a los valles, para buscar comida y agua. Un día me detuve a comer en un lugar que parecía tranquilo. Era extraño que en ese paraje no cantaran las aves, ni se escucharan los sonidos de otros animales, como si todos se hubieran ido o estuvieran callados y con miedo, ocultándose de algo. Había cierta atmósfera pesada, rara.

Sentía que alguien me estaba observando de lejos. Por más que olí y olí, no identifiqué nada raro. Seguí buscando frutos y hierba. Había adelgazado de tanto caminar, correr y escalar por las montañas, tenía que reponerme. De pronto, sentí como si una abeja me picara muy fuerte y su aguijón se me enterrara en el cuello. Empecé a ver todo muy borroso. No podía controlar mis ojos ni mi cabeza. Volteé sin querer hacia arriba y vi el verde follaje de árboles y el cielo azul índigo. Después vi los troncos cubiertos por musgo, las hierbas que acababa de

comer. El suelo se empezaba a mover y mi cabeza daba vueltas. No podía ponerme en cuatro patas, ni en dos. Caí. Una nube de polvo se levantó del suelo. Mis ojos se cerraron.



## Las llamas

Cuando desperté estaba en una jaula. Me dolía todo el cuerpo. Me sentía un poco mareado y no sabía dónde estaba. No veía bien. Mi vista estaba borrosa. A través de los barrotes, en una jaula frente a la mía, vi que había otro animal de dos cabezas. Me sorprendí y me asusté. Al verme me mostró sus grandes dientes. Me sonrió.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Llamas —me contestó una de sus cabezas y la otra rio. Yo insistí:

—¿Cómo te llamas?

Las dos cabezas me dijeron *llamas* y soltaron la carcajada. Cuando me tallé los ojos para poder mirar mejor, me di cuenta de que me jugaban una broma. Una de ellas dijo:

—Dejemos al gordito peludo en paz, todavía no se repone de lo que le inyectaron —y se presentó:

—¡Hola! Somos Paca y Vicky, la gente piensa que somos llamas, pero en realidad somos una alpaca y una vicuña. Encantadas de conocerte, ¿y tú cómo te llamas?

—Me llamo Osiel Osorio, el gusto es mío, pero, ¿dónde estoy, chicas?

—Pobre osito. ¿No sabes qué te pasó? Te dispararon un dardo tranquilizante desde muy lejos, con un rifle de caza para dormirte y capturarte. Nosotras estábamos enjauladas en el remolque de la camioneta. Te subieron entre varios hombres y te pusieron en esta jaula, batallaron mucho porque sí que estás pesado.

—No se burlen, de hecho, estoy a dieta. Llevo varios días viajando y comiendo muy mal.

—Perdón, oso, no queríamos ofenderte. Ahora te llevarán junto con nosotras a otro lugar. No sabemos bien a dónde. Paca oyó decir al hombre que maneja la camioneta que vamos a la costa, a Lima. De ahí nos van a llevar en un viaje en barco —dijo Vicky.

—De hecho, estoy reconociendo el camino —aseguró Paca—. Mi dueña me traía por aquí para ir a la ciudad a vender paltas que sembraba en la sierra.

—A nosotras nos sacaron de nuestras casas a la fuerza —dijo Vicky con una mueca de tristeza—. Nuestros dueños lloraron mucho. Les pedían a los ladrones que por favor no nos llevaran. Nuestros amos son muy pobres. No tenían otra cosa valiosa que les robaran más que a nosotras, pero los ladrones los amenazaron con una pistola.

Íbamos por caminos de terracería. Eran cinco hombres a bordo. Quería gritarles a nuestros captores, protestar y preguntar a dónde nos llevaban. Cuando paraban la camioneta para algo, como ir al baño, aprovechaban para golpearme. No sé qué pasaba, que cuando gritaba y pedía auxilio me golpeaban. Me daban choques eléctricos. Me dolía tanto que aullaba.

Paca me rogó que ya no les hablara a los humanos:

—No hagas eso, ellos no pueden escucharte y, si lo hacen, se vuelven tontos y agresivos. Hablarles es una invitación para golpearnos. No entienden el idioma de los animales, mejor sé cómo nosotras, sonríeles y veras cómo funciona.

Entonces hice lo que mis amigas llamas me aconsejaron, pero entre más les sonreía a los humanos más se asustaban al ver mi dentadura con todos mis dientes y colmillos tan grandes. Volvían a golpearme y darme choques eléctricos. Así que después de mucho, me quedé sin moverme, en un rincón de mi jaula, muy triste.

Paca y Vicky trataban de alegrarme. Nunca perdían el optimismo. Me cantaban canciones y no paraban de asegurarme que algo mejor estaba por venir, que no me preocupara tanto, que la vida era maravillosa y que estábamos a punto de conocer el mar y viajar al extranjero.

Les conté de mis sueños de ir a los Estados Unidos, que era un país donde los osos vivían como lo que antes fuimos nosotros en Perú, como unos reyes, como unos dioses: adorados y amados, respetados por todos.

Entonces Paca dijo:

—¡Sí que estás de suerte, osito! Oí decir a uno de los hombres que vamos a México.

—¿Saben a qué parte de ese país?

—Cerca de los Estados Unidos, en la frontera. Creo que podrás llegar allá sin ningún problema. Tendrás que caminar un poco, pero ya recorriste muchos kilómetros por las montañas de los Andes. En México estarás más cerca de lograr tu sueño.

Llegamos de noche a Lima. La policía paró la camioneta porque querían revisar el remolque. Era ilegal transportar animales

en peligro de extinción, traficar con ellos y sacarlos del territorio nacional. «El oso de anteojos» u «oso de antifaz», como me llamaban a mí porque en mi cara tenía una mancha amarilla, era una especie protegida, originaria y única de América de Sur.

Todos los animales empezamos a gritar a los policías que estábamos secuestrados, que nos salvaran de nuestros captores. Ellos no entendían. El conductor bajó del vehículo junto con los otros hombres que iban en él. Les dieron un fajo de billetes a los policías. Dijeron que todo estaba en orden, hasta se ofrecieron a escoltar la camioneta para que nadie nos molestara.

Mis amigas las llamas estaban emocionadas cuando vieron los grandes barcos de cruceros anclados en el puerto. Pensaban que íbamos a viajar ahí a todo lujo. Pronto nos desilusionamos.

La camioneta dio vuelta y se dirigió a las bodegas del puerto en donde había otros hombres esperándonos. Recibieron dinero por meter las jaulas, con nosotros dentro, a un contenedor. Las puertas de fierro del contenedor se cerraron, empecé a temblar. No sabía qué iba a pasar con nosotros. Las llamas gritaron. Estaban muy nerviosas y alteradas. Subieron el contenedor a un vehículo. Escuché el motor arrancar y avanzar. El vehículo se detuvo después de unos minutos.

Algo tomó el contenedor y lo balanceó. Las jaulas se movieron dentro de él, de un lado al otro. Creía que nos iban a dejar caer en medio del mar, pero escuchamos el sonido del metal chocar con lo que pensé que eran otros contenedores. Encima del nuestro, depositaron otro contenedor. Supe entonces que nos habían subido a un barco carguero.

Por la mañana zarpamos. Comencé a sentir el vaivén de las olas que movían nuestras jaulas y a nosotros. Por una pequeña rendija pude ver un poco de luz.

## Altamar

No teníamos comida ni agua. Nos faltaba el aire. Por el calor y la humedad, sentía que agonizaba y que moriría pronto. Durante la noche cayó una tormenta y refrescó el ambiente. Sin embargo, lejos de sentirnos a salvo, todo empeoró. El mar estaba embravecido. El barco subía y bajaba por las grandes olas. Eso me provocó muchas náuseas y mareos. A pesar de que el carguero era un barco de cientos de toneladas de peso, el mar era más poderoso y lo movía de un lado a otro. Por un momento pensé que el mar nos voltearía o nos hundiríamos. No podríamos salvarnos. Si el contenedor donde viajábamos caía al agua, nos quedaríamos en el fondo del mar sin poder salir de ahí jamás.

La lluvia golpeaba el contenedor muy fuerte. Nosotros gritábamos. Temblaba, quería vomitar, me sentía enfermo y con mucha desesperación por estar encerrado. Era la primera vez en mi vida que no solo estaba enjaulado, sino que estaba en una doble jaula: pues la primera eran los barrotes y la segunda el contenedor. La oscuridad total hacía que nuestro miedo se

incrementara: sin ver la luz del sol, sin salir a respirar el aire fresco, sin saber si el barco naufragaría y terminaríamos en medio del océano. A la mañana siguiente cuando el barco dejó de moverse, agradecí seguir vivo.

En los días que siguieron, había empezado a caminar en círculos dentro de mi jaula, lamer los barrotes y golpearme contra ellos o balancearme durante varias horas. Entonces, en un momento de lucidez, me dije a mí mismo que tenía que calmarme. Recordé las palabras de mi padre: «Cuando te sientas solo, recuerda que tu corazón y tu mente es tu único refugio». No podía dejar que mi mente se fuera y que mi corazón se encogiera por la depresión. Necesitaba ambos para llegar vivo a otro país.

Por una pequeña rendija entraba un poco de sol y a esa luz me aferraba para no volverme loco. Entonces pensaba en los momentos en que había sido feliz. Sonreía. Cuando la luz desaparecía, sabía que era de noche. Conté 16 veces que el sol salía durante muchas horas y luego todo era oscuridad. Estoy seguro de que estuvimos ese número de días en altamar. Estábamos tan débiles que no nos dimos cuenta cuando llegamos al puerto de Mazatlán en México. Pude leer el nombre del puerto cuando abrieron el contendor y sacaron las jaulas.

Un hombre con una camisa azul clara le reclamaba a otro que no nos hubieran echado agua y comida dentro de las jaulas. Decía que su jefe estaría muy enojado si a los «ejemplares» les pasaba algo, refiriéndose a nosotros.

Muy apenas podía levantarme, estaba muy débil por el viaje. Mis amigas las llamas también. Vicky dormía en un rincón. Entonces sin avisarnos, a todos nos echaron agua fría con una manguera. Sentí que me ahogaba. Me replegué contra los ba-

rrotos. Pude respirar cuando les echaron agua a las llamas. Me refresqué y eso me dio un poco de energía. Cuando de nuevo el chorro vino a mi dirección, aproveché para beber todo lo que pude. Estaba realmente sediento. Paca también bebía desesperada. No se dio cuenta que Vicky no se levantaba de su rincón. Cuando nos dejaron de echar agua, Paca le gritó:

—¡Vicky, Vicky, despierta! —, pero no reaccionaba. Entonces nos dimos cuenta de que ella no había soportado el viaje. Paca empezó a llorar.

El hombre de la camisa azul estaba muy enfadado cuando vio que Vicky no se levantaba ni aunque estuviera toda mojada.

—El jefe se va a enojar, cuando vea que nada más llegó viva una. Las quería para adornar su rancho, tengo que preguntarle si llamo al taxidermista o va a dársela de merienda a su «gatito».

El hombre revisó los dientes de Paca y el pelo. Le puso unas inyecciones:

—Está muy mal, deshidratada y desnutrida, va a necesitar algunos días y cuidados extra para recuperarse.

Cuando vio que alguien trataba de abrir mi jaula le gritó:

—No, al oso no lo saque de su jaula, aunque esté débil es muy peligroso, puede escaparse y la única manera de detenerlo sería disparándole; no traigo dardos tranquilizantes. Si se nos escapa rumbo a la ciudad y viene protección civil o la Secretaría de Medio Ambiente a capturarlo, se darán cuenta que no es una especie del país y sabrán que la trajimos de contrabando.

El hombre de camisa azul era un veterinario. Traía un tubo de metal de más de un metro de largo por ahí sobresalía una cuerda. Esa cuerda me la pusieron al cuello y la jalaban para hacer la circunferencia de la soga más pequeña. Sentía que me

ahorcaban. Les tiraba mordidas al aire, pues el tubo de metal impedía que me acercara a las personas. Les enseñaba los dientes. Sin que me diera cuenta, el veterinario me puso algunas inyecciones para dormirme y poder hacerme el examen médico.

## La mansión del zoológico

**A**l día siguiente, unos hombres nos llevaron a una mansión enorme con grandes jardines y fuentes.

—El jefe los tiene que ver primero, se va a poner contento porque su colección va a aumentar —oí decir a los otros centinelas, que inspeccionaban las jaulas en busca de algo sospechoso. A mí no me sacaron. Un hombre llegó con un montacarga para transportar mi jaula conmigo dentro.

Observé que el dueño tenía varios autos y una alberca. De repente pensé que mi sueño se había hecho realidad. Me imaginé comiendo todo lo que en mi vida siempre se me había antojado y bañándome en el agua cristalina y azul de la piscina. Ya no necesitaría llegar a los Estados Unidos. La buena vida comenzaba en México.

Me pusieron cerca de la puerta a esperar a que «el jefe» saliera a vernos. Paca iba jalada por una cuerda que traía amarrada al cuello. La casa tenía unos grandes ventanales que daban a la alberca y al jardín. Por ahí vi que, en la sala, había una piel de jaguar, una de tigre y otra de pantera tiradas en el piso como

tapetes. Había cabezas de venados adornando las paredes. Un oso polar estaba parado con una garra levantada y enseñando los colmillos. No se movía por más que yo le hacía señas. Estaba como congelado, pero dentro de la casa no se veía hielo, además esos osos podían resistir las bajas temperaturas. Algo no cuadraba. Pensé que tal vez, el oso polar se había impresionado ante mi presencia. Cuando le grité muy fuerte: «Primo, primo, ¿me escuchas? Respóndeme», los hombres que jalaban el remolque se rieron.

—Mira el oso, ¡cómo está tonto!, le gruñe a uno disecado creyendo que está vivo. ¿Para qué querrá el jefe a este oso café que trajo desde tan lejos? ¿Irá a hacerlo pelear con los rottweilers o se lo dará al «gatito»?

—Pues si el jefe lo pone a pelear con el oso, yo voy a apostar mi dinero al «gatito».

—Ya ves cómo es el jefe: ya le había acondicionado al oso su espacio con hielo y clima frío, donde podía vivir como en Alaska; pero cuando se enojó con una de sus novias, destruyó todo y se desquitó con el oso, que era el regalo que le había traído a ella desde el Polo Norte. ¡Se le ocurre cada cosa al jefe!

Me quedé helado al escuchar eso. Algo me hacía pensar que ese «gatito» era realmente un monstruo, pero ya no sabía quién era el verdadero monstruo si el «gatito» o su dueño, al que apodaban «el jefe», por la manera en que se comportaba con animales y humanos. Nos llevaron a otro lugar que parecía un zoológico particular y que quedaba muy cerca de la mansión. Nos dejaron solos, a mí en mi jaula y a Paca amarrada a un árbol. Todos se fueron.

Estábamos en silencio porque teníamos miedo. Presentíamos que algo grave estaba a punto de suceder cuando de repente

escuchamos un rugido muy fuerte. Pensábamos que era el monstruo que venía por su cena... y su cena éramos nosotros. Vimos que, desde una pequeña colina, un león hambriento había salido de su madriguera. Rugía muy fuerte y trataba de saltar, pero no se decidía. Algo se lo impedía. Se veía agresivo y desesperado.

Mi corazón se detuvo por varios segundos y después empezó a latir más rápido. Había una pequeña protección de malla de alambre, que, si se lo proponía, el león podía saltar y con facilidad llegar a nosotros. Nos miraba y rugía. Yo estaba dentro de la jaula, protegido, pero no sabía si los hombres regresarían y me sacarían de ahí. Paca estaba bien amarrada. Trató de quitarse la soga. No pudo, trataba de correr en todas direcciones, pero la cuerda que la sujetaba al árbol se lo impidió y solo corría en círculos.

—Muy bien, la comida que pedí por servicio a domicilio llegó. Me muero de hambre —gritó el león y en seguida se puso a reír con sonoras carcajadas.

—¡Bienvenidos a mi pequeño reino! Yo soy Leo, pero como soy el consentido del jefe, me llaman el «gatito».

Casi me desmayo. ¡El jefe me iba a poner a pelear con un león! Ahora entendía por qué el oso polar no había sobrevivido. Al lado de la colina, se asomó una cara de manchas anaranjadas, dos pequeños cuernos y un largo cuello. Comenzó tranquilamente a comer hojas del árbol donde estaba amarrada Paca. Sacó su lengua muy negra y dijo:

—Encantada, soy Rafa —dijo la jirafa—. Hay un foso profundo que está alrededor de la colina, el cual le impide al león saltar hacia nosotros. No le hagan caso, es un fanfarrón.

Un elefante se asomó. Nos miró con cierta curiosidad:



—Parecen extranjeros, y a ustedes, ¿de qué país se los robaron?

—Somos del Perú.

—Con ese abrigo que te cargas —continuó el elefante— te va a dar calor aquí. Vengo de Namibia, soy africano. Me llamo L y me apellido Infante, el apellido no es africano, lo tomé de mi domador. Entonces pueden decirme «Ele-infante».

—Encantado... soy Osiel Osorio ¿Y... qué tal está la vida por aquí?, aparte de Leo el «gatito», que se come a los recién llegados —le pregunté con un poco de nerviosismo.

—Al que le dicen «el jefe» es un hombre malvado —me explicó Ele Infante—, nosotros somos parte de sus excentricidades, somos su zoológico privado.

—A mí me dice «mi gato preferido» —dijo el león—, hasta me deja jugar con sus enemigos, los echa aquí a la colina conmigo; pero no sé qué pasa que apenas me ven y se mueren de un infarto. A otros apenas les doy un manotazo con mis garras, lloran y gritan. Me alimenta muy bien, me da carne todos los días.

—Yo no le tengo confianza —dijo Rafa la jirafa—, a él le gusta cazar y cuando se harte de nosotros terminaremos como trofeos disecados adornando su sala. Ese hombre es malvado.

Los primeros días Paca y yo nos la pasamos intranquilos. A Paca la dejaron sola y libre en un terreno de varios metros cuadrados. A mí me pusieron en una cueva que tenía una cascada, ambas artificiales. Ahí dormía, me bañaba y tomaba agua. Aunque el lugar era cómodo, sabía que esta vida no iba a durar mucho. Al jefe lo describían como alguien caprichoso y tal vez un día me dispararía por placer. Vivía con miedo y vivir así

no es vida. Añoraba la libertad y poder cumplir mi sueño de llegar a los Estados Unidos.

Una noche que no había luna, de pronto se apagaron las luces de la mansión. Sospeché que algo grave estaba a punto de suceder porque no se escuchaba nada. De repente, algo explotó muy fuerte en el foso del león. El polvo que levantó no nos dejaba ver. Los otros animales y yo no sabíamos qué estaba pasando. Todos corríamos descontrolados de un lado para otro. Había mucho ruido y confusión. Aullábamos. Se escuchaban sonidos de metralletas y gritos de hombres.

Pensamos que nuestra hora había llegado, pues tal vez el jefe había decidido matarnos a todos en un arranque de locura e ira. Los disparos no se terminaban, duraron varios minutos. Un helicóptero pasó volando, disparando a lo que se moviera, pero cuando vieron que éramos animales nos dejaron en paz. La pesadilla duró toda de la noche. Por la mañana, cuando salió el sol, todos estábamos llenos de tierra. Algunos temblando. A Paca la habían herido en una pata.

Los soldados y la policía nos observaban. Algunos decían cosas por la radio. Pensé que nos iban a liberar, que habían venido a salvarnos. Estaba feliz, pero lo único que hicieron fue tomarnos fotos. Luego entró un señor con traje y dijo:

—También esto —señalándonos—, todo debe de ser confiscado y subastado.

Nos pusieron en jaulas para transportarnos junto con objetos que habían podido salvar de la destrucción, como alguna ropa, muebles, joyas.

A la mañana siguiente todavía no nos habían liberado. Había varios policías esperando órdenes. Uno de ellos leía el periódico. En primera plana aparecía mi foto junto con la de la

llama, el león, la jirafa y el elefante y un arsenal de armas. A pesar del susto, salí guapo. Me habría gustado enseñársela a mi papá y decirle:

—¡Mira, salí en la prensa mexicana! ¡Soy famoso!

El titular decía: «ABATIDO CAPO DEL NARCO. DECOMISAN ANIMALES EXÓTICOS».



## El espectáculo debe continuar

**A**lgunas de las cosas que le quitaron al narcotraficante fueron subastadas. A nosotros, los animales nos vendieron en secreto a un circo. Si las asociaciones de protección se enteraban del acto de corrupción que se estaba realizando con nosotros, protestarían. Muchas asociaciones estaban luchando por prohibir que en los circos hubiera espectáculos con animales. Ellas exhibían el maltrato por el que pasábamos. Por ejemplo, a los tigres los hacen saltar pasando en medio de un aro de fuego. Terminan con su piel lastimada, quemada y con muchas heridas. Para que ellos perdieran el miedo al fuego y pudieran saltar, tuvieron que haber pasado por muchos golpes y torturas por parte de los domadores.

No sé si el circo fue mejor o peor. Siempre estábamos viajando por distintos lugares de México. El domador me enseñó a golpes a hacer actos para el espectáculo. Yo bailaba con música, cargaba una pandereta con mi hocico y me vestía con un ridículo vestido rosa de bailarina de ballet. Era humillante. A la gente le parecía divertido. Paca no hacía ninguna gracia más

que correr por el escenario cuando el domador le tiraba latigazos. El león nunca salía de su jaula. Se consideraba peligroso y solo se exhibía. A quien le fue peor fue a nuestro amigo el elefante. Lo ponían a pararse sobre un taburete en una pata. Era muy doloroso para él. Sus rodillas no aguantaban todo el peso de su cuerpo. Ele Infante pesaba seis toneladas. Para obligarlo, le pegan con picos de fierro en sus patas hasta que lo hacían sangrar. La mayor parte del tiempo lo tenían encadenado, como a todos nosotros.

Siempre nos daban comida. Teníamos un veterinario que nos venía a curar cuando estábamos enfermos o cuando se les pasaba la mano de los golpes al domador. Eso no era vida: estábamos presos, éramos esclavos, nos torturaban, les hacíamos ganar dinero a cambio de que alguien nos viera hacer cosas que parecían divertidas, pero que a nosotros nos lastimaban. Seguía teniendo fe en ir a Estados Unidos.

A Ele Infante se le ocurrió una idea para escapar. En la próxima función de circo, en vez de hacer su acto de pararse en una pata, correría hacia el público. Todos saldrían en estampida humana y nosotros aprovecharíamos para correr también a la calle. Sin embargo, era muy arriesgado. Había niños y podían salir lastimados si sus padres los dejaban en las gradas. Los humanos podían morir aplastados. Seguíamos planeando cómo escapar todos juntos sin hacerle daño a nadie. Entonces sucedió algo inesperado.

Parecía que por fin se cumplía un milagro para quitarnos de nuestra vida de maltrato: algunos partidos políticos presionaron al Congreso para promulgar una ley en la que se prohibía el uso de los animales en cualquier espectáculo. Esto, por supuesto, incluía a los circos, a los que les daban el plazo de

unos meses para liberar a los animales. Sin embargo, la ley no contemplaba dónde deberían liberarnos. En la naturaleza era imposible. Los elefantes causarían accidentes en las carreteras, los tigres y los leones podrían atacar personas. Tampoco podían ser regresados a sus países de origen, pues no había dinero para mandarlos a África o Asia. Eran cientos de animales los que eran usados en espectáculos y muy pocos lugares, como los zoológicos o las reservas, donde los podían acoger.

Muchos fueron abandonados o fueron sacrificados. No hubo nadie que quisiera adoptarme y entonces el dueño del circo me dejó en libertad en una montaña. Creía que como en el noroeste, donde nos encontrábamos, había osos libres en la sierra, yo podría sobrevivir. Era más difícil dejar a una jirafa libre. A Paca se la dio a un amigo que tenía un rancho; por desgracia no había espacio para todos. De los demás animales, no supe qué pasó con ellos.

—Un oso más en este lugar, no puede pasar nada. Corre, oso, sé feliz, eres libre —me dijo el dueño del circo.

Dejó la jaula abierta y se metió corriendo en su camioneta. Cuando vio que brinqué fuera de la camioneta, arrancó a toda velocidad y nunca más lo volví a ver.



## Tú eres diferente

Vagué por mucho tiempo. A veces no encontraba agua, ni comida, pero en la montaña, en efecto, encontré otros osos que vivían juntos en comunidad. Cuando llegué con ellos no me recibieron bien.

Los otros osos me consideraban un extranjero. Decían que yo no había nacido en ese lugar, que era un migrante y que tal vez les quitaría sus árboles, sus panales con miel de abeja y su comida o les podría hacer daño y les robaría. Decían que de seguro había salido de mi país porque era pobre y no tenía nada; que solo venía a su bosque a delinquir y causar problemas. Se asombraron cuando les dije que podía leer. Ellos no sabían. De todas formas, no cambiaron su percepción sobre mí. Me consideraban diferente porque yo tenía una mancha amarilla en la cara como todos los osos de Sudamérica. Ellos veían eso como mis «anteojos». Decían que era un *nerd*, un cuatro ojos, un ratón de biblioteca o un sabelotodo porque me gustaba leer. Les decía que no debían de ser así conmigo, juzgarme tan mal sin conocerme, decirme eso de apodo solo porque mi cara te-

nía esa mancha amarilla y era diferente a ellos. Les pedía que no me discriminaran. Les preguntaba que cómo tratarían a un oso panda que era negro, blanco y asiático al mismo tiempo. No sabían qué responderme.

Aunque yo hablaba el mismo idioma, ellos decían que yo tenía un acento extraño y se burlaban de mí. Me recordaban siempre que había venido de lejos:

—Regrésate a dónde perteneces.

—Vete a tu país, no puedes traer nada bueno más que enfermedades.

Nunca me había sentido tan despreciado, ni tan discriminado en toda mi vida. Les decía que solo necesitaba pasar por ese lugar, que no me iba a quedar. Mi meta era llegar a Estados Unidos. No les iba a quitar nada de su bosque, ni a hacerles daño. Para colmo de males, sucedió una tragedia y me culparon de ello.

## Las otras llamas

A varios kilómetros de donde nos encontrábamos vimos una luz anaranjada en pleno día, entre los árboles. Era un incendio ocasionado por los humanos. Me culparon de haberlo provocado. Dijeron que de seguro yo había traído las llamas, pues las llamas venían de Perú. Les explicaba que había venido en un barco con unas «llamas», animales parecidos a los camellos, pero sin joroba y más pequeños.

Hizo mucho viento, tanto que al día siguiente el fuego había quemado varias hectáreas y nos había alcanzado. Tratamos de huir, pero estábamos rodeados. Todo era humo. Sentíamos que la tierra ardía bajo nuestras patas, pues no solo los follajes y los troncos de los árboles se quemaban, sino también las raíces por debajo de la tierra. Estábamos cercados. Un árbol se cayó cerca de varios osos. Los más jóvenes y fuertes pudieron correr. Arriesgándome, entre el fuego, subí sobre mi lomo a un oso anciano y con mi hocico cargué a un oseño que tenía pocos días de nacido. Como pude los puse a salvo.

Vimos a algunos hombres vestidos de rojo y amarillo, después supe que eran bomberos. Trataban de apagar el incendio. Vimos también helicópteros que volaban tirando agua. El cielo se apiadó de nosotros y llovió. Cuando el incendio estuvo controlado, todos nos reunimos a ver con tristeza el bosque quemado. Los árboles que antes eran hermosos, ahora eran pedazos de carbón. Todo era negro y gris. El incendio, que había durado tres días, lo consumió todo. Empezamos a llorar: habíamos perdido nuestra casa.

Los demás osos comprendieron que ellos también tendrían que migrar a otra parte, eran como yo: no teníamos un lugar dónde vivir. Todos me pidieron disculpas por haberme discriminado. Me agradecieron lo que había hecho al ser valiente y salvar la vida del bebé y del anciano. Les dije que no les guardaba ningún resentimiento, al contrario, creía que todos éramos hermanos osos, miembros de una familia maravillosa. Aunque hubiéramos nacido en otro lugar y aunque fuéramos de otros colores.

—¿A dónde nos iremos ahora? —preguntó una osa, llorando— este bosque era nuestra casa, aquí habían vivido mis abuelos y tatarabuelos, así como mis padres.

—Vengan conmigo a Estados Unidos —les propuse— he oído decir que allá los osos tienen albergas, grandes bosques para ellos solos, comida y que son tan queridos por todos los humanos, ¡hasta aparecen en la bandera de California!

Todos se quedaron viendo unos a otros. Entonces uno me dijo:

—Te van a discriminar más que aquí porque allá los osos tienen otro color de pelaje y hablan otro idioma.

—Como serás ignorante —dijo otro—, los osos blancos viven en el Polo Norte o en Alaska. Él va aquí a la frontera, donde hay osos del color de nosotros. Además, todos los osos hablamos el mismo idioma.

Para mí, todos los osos del mundo éramos hermanos, no importaba si éramos blancos como los osos polares o pardos como nosotros o incluso blancos y negros como los osos panda que habitan China.

—Hay algo más... ¿En serio, no sabes? —. Me preguntó uno.  
—¿Saber qué? —le pregunté.

—California queda del lado opuesto, aquí estamos más cerca de Texas; pero eso no es lo más grave —dijo el oso anciano y empezó a contar el verdadero problema del cual yo no estaba enterado.

—Antes, mucho antes, en esta parte del mundo los osos éramos libres de transitar por donde quisiéramos. También en estos lugares nos amaban. Nadie nos molestaba. La pasada era libre. Bastaba nadar el río y ya estabas del lado opuesto. Todos habían viajado alguna vez. Los osos del norte buscando comida y calor, los osos del sur yendo al norte a buscar con quien formar una familia. Lo mismo hacían otros animales como los venados o los lobos. Todos íbamos y veníamos de un lado a otro y no importaba, todos éramos libres de establecernos donde quisiéramos. Los humanos también migraron y poblaron la tierra como nosotros, pero ya no lo recuerdan. Ellos construyeron sus ciudades y ahora es difícil que nosotros podamos vivir entre ellos, como cuando vivíamos todos juntos en la naturaleza. Lo peor pasó el día en que los humanos nos negaron el paso y a los osos que estaban allá no los dejaron regresar. Construyeron un muro muy alto y largo. Del otro lado



quedó mi familia, mis hijos y nietos y bisnietos, y nunca los voy a poder ver de nuevo —dijo el oso anciano llorando.

—El muro es muy peligroso —comentó otro de los osos—, es muy difícil escalarlo, incluso para los humanos. Hay algunos que cavan túneles, otros se van en botes al mar para tratar de llegar. Los humanos son complicados, tienes que mostrar documentos para cruzar la frontera. Para ellos eso significa estar legalmente y con eso ya no se persiguen, ni se molestan.

—¿Perseguirme?

—Sí, los humanos persiguen a otros humanos por no tener esos documentos. Los buscan por todos lados y los capturan. ¡Imagínate! Si entre ellos mismos se hacen eso, qué podrían hacerte a ti como oso. Los mete presos en un lugar muy feo, donde tienen a mucha gente encerrada. Es algo que se llama prisión, pero que es peor que un zoológico, o tal vez sea lo mismo, depende de cómo se le vea. En el zoológico hay gente que paga por verte, en la prisión casi no tienes visitas. Ser ilegal es un delito grave en ese país y puedes estar prisionero de por vida.

—Estoy seguro de que no va a sucederme nada. Corro muy rápido, soy fuerte, me esconderé entre los árboles. Además, ya he vivido muchas aventuras. Estoy a un paso de llegar a Estados Unidos y cumplir mi sueño.

—Yo que tú mejor no me arriesgaba. Tienen policías vigilando en todas partes de la frontera.

Pensé mucho las cosas, pero después de todo no podía quedarme. Aunque ya había visto que estos osos habían dejado de ser hostiles conmigo, ninguno de nosotros tenía un buen lugar donde vivir. El bosque había desaparecido entre las llamas.

—Mejor no lo desanimas —dijo el oso más viejo, a quien yo

le había salvado la vida—, tal vez allá, encontrará algo bueno. No sabemos qué será de nosotros, sin nuestro bosque vamos a bajar a la ciudad a buscar agua y alimento. Nadie que baja ahí vuelve para contarnos cómo les fue. No sabemos qué les sucede. Tenemos muchos compañeros osos que han desaparecido, nunca más volvimos a saber de ellos. Lo único que podemos decirte es que tengas muy buena suerte, pues todavía te quedan muchas aventuras por vivir.

Me despedí de todos. Caminé mucho. Procuraba esconderme de las personas. En el camino siempre había algún tipo de peligro. Era horrible vivir escondido, pero no te puedes quedar mucho tiempo así. No tienes otra opción más que avanzar. Prefería correr y caminar de noche, cuando nadie me veía.

Una noche que estaba cansado y el cielo despejado, volteé a ver las estrellas. Desde esta parte del mundo, estaban ahí: las constelaciones de la Osa Mayor y la Osa Menor. Eran mi madre y mi hermana. Ellas guiaban mi camino.

## El muro

**A**l fin, un día pude llegar a la frontera que había que cruzar para poder entrar a Estados Unidos. Vi el río. Llevaba una corriente muy fuerte. No era como el Amazonas, ni había anacondas, pirañas o cocodrilos, los cuales yo imaginaba cuando era pequeño; pero, aunque los osos sepamos nadar y andar entre ríos y lagos, me percaté de que había muchos remolinos. A pesar de nuestra fuerza, el agua puede derrotarnos. Traté de nadar y no pude, casi me ahogaba. Regresé a la orilla escurriendo, me sequé agitando todo el cuerpo. En eso escuché una risa burlona:

—¡Qué oso tan flaco, eres puro pelo remojado y cómo serás tonto!, así nunca podrás llegar al otro lado. Solo estás HACIENDO EL OSO.

—¿Quién eres tú y cómo sabes que quiero cruzar? —le dije a ese animal—. Aléjate de aquí, tú pareces un perro sarnoso y muerto de hambre.

Normalmente yo guardaba la calma y nunca insultaba a nadie, pero él me había hecho enojar. Volvió a reír más fuerte:

—Te crees muy listo, ¿verdad? Ni siquiera sabes quién soy. Para tu información, soy un coyote y conozco esta región como la palma de mi mano, bueno de mi pata. He pasado a miles de animales al otro lado: venados, lobos, osos, tortugas, varios perros, incluso un día pasé un gato. Por el río es muy difícil cruzar, muchos que no me han hecho caso se ahogan. Creen que es fácil y no está muy hondo, pero la corriente termina por jalarlos. Después sigue el muro y ese es otro problema. Tenme confianza, sé de lugares donde es más fácil la pasada.

Yo no sabía si creerle o no, él me daba mucha desconfianza, pero yo no tenía otra opción. Él vivía aquí y se dedicaba a eso. Entonces le dije que sí, que lo que yo quería era llegar al otro lado, en específico, a California.

—Eso queda al extremo opuesto, pero está mejor porque por allá no hay río. Entonces no tendrás que nadar, basta con encontrar un agujero bajo el muro y pasaremos. Todo lo que tienes que hacer es seguirme, nunca cuestionarme nada y hacer todo lo que yo te indique.

Vi de pronto que de su cuello colgaban cosas: un colmillo de lobo, una punta de una cornamenta de venado, una herradura de un caballo, una placa con el nombre de un perro y un cascabel de un gato.

Cuando le pregunte qué significaba su raro collar me contestó:

—Es el pago que he recibido de los otros animales por pasarlos al otro lado, o ¿qué creías? ¿que a ti te iba a pasar gratis? Claro que no. En esta vida todo tiene un precio y pasar a Estados Unidos cuesta muy caro. Después de todo allá vivirás cómodamente. Bien vale la pena los sacrificios. Así que tú tendrás también que darme algo a cambio.

—Es que no tengo nada, salí así de mi país. He sufrido mucho y he pasado por muchas desgracias, hambre y frío. Viajé en barco y casi naufrago, me secuestraron los narcotraficantes, el dueño de un circo me esclavizó, otros osos me discriminaron y sobreviví a un incendio forestal. Si tuviera algo, te lo daría con tal de que me indicaras el camino para llegar a California.

—¡Aich! Ya no te quejes, hay quien pasa por cosas peores. Eres afortunado de haber llegado hasta aquí, otros ni siquiera lo logran. Piensa bien, todos siempre tienen algo, algo valioso que dar a cambio.

—Te lo digo en serio: no tengo nada.

Después de pensar mucho el coyote dijo:

—¿Por qué no me das una de tus uñas?

—¿Y tú para que quieres mi uña? No te sirve para nada. Además, no puedo arrancármela me dolería mucho.

—Las uñas de los osos son muy fuertes, casi como cuchillos. La quiero. Colecciono cosas de mis clientes a los que he ayudado a pasar. Si te arrancas la uña recuerda que el dolor es pasajero, pero la dicha que tendrás cuando llegues a Estados Unidos valdrá la pena.

—¿Cómo podremos cortar mi uña? Es muy dura, con las uñas los osos nos defendemos. Es parte de mi pata.

—Te dejaré caer una piedra y con eso la uña se te desprenderá de la garra. Vamos, no seas miedoso, te quedarán todavía muchas uñas más. Ni que te fuera a pedir la garra completa. Además, las uñas crecen rápido, cuando menos lo esperes tendrás otra de nuevo.

—Sí, te daré mi uña, pero con la condición de que me dejes dártela cuando esté por pasar a Estados Unidos.

—Caray, ¡qué oso tan desconfiado!

—No es desconfianza, imagínate que, en el intento por quitarme la uña tirándome una roca, me lastimas una pata. No es bueno caminar con un oso tan pesado que además tiene una pata lastimada. Tardaríamos el doble de tiempo en llegar y tú no podrás cargarme.

—Está bien, lo haremos como tú dices, pero esa uña ya me pertenece.

Caminé con el coyote durante muchos días y miles de kilómetros por el desierto. Hasta que por fin llegamos a un muro.

—Detrás de este muro se encuentra tu más grande sueño a punto de volverse realidad, osito.

—¿Cómo vamos a pasar si está muy alto? No veo ningún agujero.

—Tienes unas garras fuertes, ahora lo que necesitas es cavar un pozo profundo y lo suficientemente grande para que tu cuerpo gordo pase por ahí sin atorarse.

El coyote rio muy fuerte.

—Me engañaste, me dijiste que sería fácil llegar a Estados Unidos y que conocías el camino y todos los lugares como la palma de tu mano.

—No te engañé, lo que pasa es que no te dije estos pequeños detalles. Ni modo que te aviente por arriba del muro como lo hice con el gato que pasé al otro lado. El gato cayó parado, pero a ti no te puedo cargar. Ahora empieza a cavar, pero no hagas mucho ruido porque no vayas a llamar la atención de los policías de migración que están del otro lado. ¡Ah! Y cuidadito con que te lastimes las uñas, recuerda que una es mía en pago por haberte traído aquí.

Cavé y cavé, con mucha desesperación un pozo profundo.



En realidad, los osos no hacemos nunca grandes hoyos en la tierra. Me topé con metal y concreto. Me lastimé una pata, me la quebré. Una uña se me desprendió y grité de dolor, pues, aunque mis garras pudieran ser poderosas, el muro construido de cemento y fierro era más fuerte. Entonces vi que el coyote recogía la uña.

—Ahora sí, ya tengo lo que quería. Ahí te ves, ya me voy.

—Espera, espera.

Se fue corriendo con una de mis uñas en el hocico. Me abandonó en ese lugar solitario, en medio del desierto, sin agua y sin alimento. No pude ir a atraparlo, mi pata sangraba. Él era un coyote, estaba acostumbrado a las zonas áridas, podía sobrevivir. Yo estaba herido, sudando, con sed. Me recosté. El sol me pegaba en la cara. De tanto brillo, me cegó. Pensé que era el fin. Pensé en mis adoradas montañas andinas, en mi familia, en nadar en una alberca para osos y ser feliz en una verde pradera, llena de comida.

Era el final. Todo se volvió negro. Vi las constelaciones, la Osa Mayor y la Osa Menor que brillaban en el cielo nocturno. Las estrellas bajaron hasta donde yo estaba, brillaban mucho. El brillo comenzó a ser menos intenso y de esas luces fueron apareciendo poco a poco mi mamá y mi hermana.

Mi hermana era una osa pequeña. Me hablaba. Yo escuchaba todo como un lejano eco. Me decía:

—Vamos a jugar a las carreras, a ver quién es más rápido, voy a ganarte.

Mi mamá nos miraba y nos sonreía. Yo le decía a mi hermana:

—No puedo, no puedo correr, no puedo levantarme, estoy herido, mi pata está sangrando —y mi hermana me decía:

—Entonces ven con nosotras.

Quería ir con ellas, pero mi mamá le decía a mi hermana:

—No, déjalo, tiene que caminar, tiene que levantarse y seguir, no puede venir con nosotras, todavía no es su tiempo.

No sabía si ir o quedarme. Mi hermana y mi madre empezaron a caminar hasta que desaparecieron a lo lejos. Se volvieron varios puntos brillantes en el cielo. Habían regresado a ser constelaciones. Después se fusionaron formando la estrella polar. Traté de levantarme para alcanzarlas. La estrella comenzaba a crecer, era blanca y enorme. Bajaba hasta la línea del horizonte en forma de triángulo. Se convertía en un fantasma, en una montaña nevada. Quería atraparme y caerse encima de mi como una avalancha. Grité:

—No te tengo miedo montaña, nunca te he tenido miedo, por más alta que seas, te escalaré y seré más alto que tú.

La montaña se derritió y se volvió una llanura de arena que reflejaba la cegadora luz del sol.

Escuché la voz de mi padre que me decía:

—Has atravesado montañas de nieve fantasma, que no te detengan los espejismos del desierto, levántate, continúa, no dejes de luchar por tus sueños.



## El final es el principio

**A**l despertar me vi la pata cubierta con una venda. Me la quise quitar con el hocico, pero tenía un bozal. Traté de rugir y no pude. Un chico y una chica me veían sonriendo, me acariciaban:

—¿Sabes? Eres un chico muy valiente y esta ha sido la aventura de tu vida. No nos tengas miedo, lo peor ha pasado y tuviste suerte. Muchos animales como tú mueren abandonados.

El otro chico le dijo a la muchacha:

—¿Tú crees que pueda entendernos?

—No sé, pero hay que seguir hablándole para que se recupere más rápido. Creo que los animales entienden a los humanos, pero nosotros a ellos no.

Ella continuó:

—Somos biólogos, de una asociación de protección a los animales que trabaja en ambos lados de la frontera. Le hemos advertido al Gobierno de los Estados Unidos lo mal que hacen los muros para la migración de las especies. Nosotros estudiamos a los osos y sus recorridos. Los hemos documentado.

Te grabamos todo este tiempo en video con un dron, un coyote estaba contigo. Vimos tu desesperación por cruzar. Cuando estabas desmayado, llegamos en un *jeep* a rescatarte. Curamos tu pata. Lo que se nos hizo muy raro y nos sorprendió mucho es que fueras un oso de anteojos sudamericano, ¿cómo llegaste aquí desde tan lejos? Bueno, eso es lo de menos, lo importante es que estás bien.

—Deja de hablarle. Él no te entiende —dijo el muchacho.

—No me importa. Me gustaría que pudiera hablarme y contarme su historia, cómo llegó hasta aquí desde Sudamérica.

Ella siguió acariciándome.

—¿Sabes? Estuvimos a punto de regresarte a los Andes.

Al oír eso me levanté asustado.

—¿Ves como sí me entiende? —dijo la chica—, pero antes decidimos llamar a una asociación de Estados Unidos para que te llevaran allá. Convencieron a una cantante que tiene un rancho en California y rescata animales en peligro de extinción o algunos que sufrieron maltrato. Mañana vendrán por ti en helicóptero e iniciarás una nueva vida.

Me recosté tranquilo. Suspiré. Les empecé a contar mi historia a los dos biólogos, aunque no pudieran entenderme, para que supieran de dónde venía, quién era:

—Me llamo Osiel Osorio y soy peruano. Casi nadie lo sabe, pero en el Perú hay osos. Recorrí medio continente para llegar a Norteamérica. Pasé un sinfín de aventuras en las que casi muero, pero primero debo de empezar contándoles que nací en los Andes, las montañas más altas del continente americano. Ahí hay mucha nieve, incluso cuando es verano y hace calor...







## AUTORA

*Carmen Ávila*

Nació en Saltillo y ya de niña quería conocer el mundo y ser escritora. Le gustaba escribir cuentos y hacer dibujos en hojas que luego doblaba y vendía a su mamá como revistas. Migró por amor y ha vivido en algunos países por temporadas. Su vida con Valentín (de ocho años), Gabriel (de cuatro) y Colomban (de 46) ha sido más increíble y maravillosa de lo que algún día pudo haber soñado.



## ILUSTRADOR

*David Almaquer Hernández*

Nació en Monterrey y dibuja porque le gustan las caricaturas, el manga, los cuentos y los juegos de mesa. Estudió arte en una facultad donde a veces llegan osos pero, cuando al fin se acercó uno, no lo dejaron salir a mirarlo (¡puedes buscar «osos en Mederos» en YouTube!). Le gusta crear arte de las cosas que le gustan a otras personas y anhela algún día ilustrar la carta de Pokémon que mires y te dé serotonina.

## OSOS EN EL CIELO



Libros de la Anacahuitta

### INSTITUTO ESTATAL ELECTORAL Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DE NUEVO LEÓN

*Este libro se terminó de editar  
durante el mes de mayo de 2025.*

*En su formación se utilizó la fuente Gandhi Serif  
en 11.5 puntos para el cuerpo del texto.*



#### **Cuidado de la edición**

Cuahtémoc Iglesias Ontiveros  
*Director de Capacitación Electoral*

Mateo de Jesús Flores Flores  
*Jefe del Departamento Editorial*

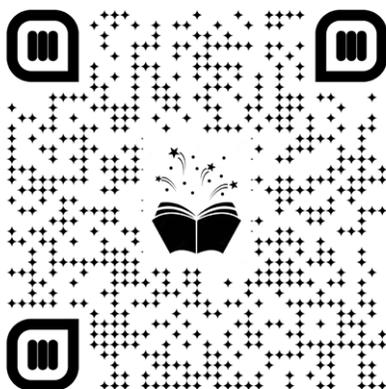
Alan Márquez Rodríguez  
*Analista Editorial*

César Eduardo Alejandro Uribe  
*Corrector*

Elena Herrera Martínez  
Vanessa Esquivel Cáceres  
*Diseñadoras Editoriales*

Melina García Sánchez  
*Promoción Editorial*

Descarga aquí la versión digital  
y encuentra otros libros  
de la colección:









## Libros de la Anacahuita

Me llamo Osiel Osorio y soy peruano. Casi nadie lo sabe, pero en el Perú hay osos. Recorrí medio continente para llegar a Norteamérica. Pasé un sinfín de aventuras en las que casi muero, pero debo empezar contándoles que nació en los Andes, las montañas más altas del continente americano. Ahí hay mucha nieve, incluso cuando es verano y hace calor...

ISBN 978-607-7895-15-8



9 786079 000158

**5 de Mayo 975 Ote.,  
Centro, Monterrey N. L., México  
(81) 1233 1515  
[www.ieepcnl.mx](http://www.ieepcnl.mx)**